

DISCURSO DEL EXCMO. Y REVMO.  
SR. D. JOSÉ MARÍA CIRARDA,  
ARZOBISPO DE PAMPLONA

Excmo. y Magnífico Sr. Rector:  
Sres. Profesores:  
Señoras y Señores:

Bienvenidos seáis a Pamplona cuantos habéis venido de otras tierras para este XIII Simposio de Teología. Pido a Dios que tengáis una estancia grata entre nosotros, disfrutando de la cálida acogida en que compiten siempre los universitarios de nuestra Facultad de Teología y los pamploneses todos.

A todos os deseo, de otra parte, un trabajo fecundo en vuestros estudios y debates.

Las anteriores palabras no son expresión de pura cortesía, bien que muy sincera, a fuer de Obispo de la Iglesia de Pamplona, en cuyo territorio se halla la Universidad de Navarra, Universidad de la Iglesia, cuya Facultad de Teología organiza este Simposio. Son, además, expresión de mi esperanza de que vuestro trabajo dé frutos en sazón. Y ello así porque nos importa tener ideas claras en el tema que va a ocupar vuestra atención: «Dios en la Palabra y en la Historia».

Es tema hondo y de grande interés, para captar siempre mejor cuanto la Palabra de Dios nos ha revelado, y para entender debidamente cómo la Historia va revelando la revelación, si vale decirlo así, mientras avanzamos hacia la meta final de todos los tiempos, cuando el Padre Dios haga que «toda la plenitud habite en Cristo, y por Cristo reconcilie todas las cosas consigo pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col. 1, 19). «Bajo la superficie de lo cambiante, afirmó el Vaticano II, hay muchas cosas permanentes que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre» (G. S. 10).

Si no hubiera sido profesor de Teología durante 18 años, y si no hubiera participado en el Concilio, donde se trató ampliamente el tema que va a centrar vuestra reflexión, mi saludo podría quedar cum-

plido con lo antedicho. Pero los responsables de estos Simposios, coincidentes todos con mi servicio episcopal en Pamplona, saben que caigo siempre, año tras año, en la tentación de añadir al saludo algunas sugerencias, pobres por mías, que pueden tener algún interés en cuanto evocan momentos del Vaticano II, al menos porque cada día somos menos los Obispos que tuvimos la gracia de participar en aquella magna asamblea conciliar.

La Palabra nos revela el misterio de nuestra salvación, con el vivo contrapunto de pecado y de gracia: de reiteradas rebeldías por parte de los hombres, y de insistentes y crecientes actos de amor de Dios, que alcanzan su cumbre cuando el Padre llegó al extremo de «dar al mundo a su Hijo único. para que todo el que cree en El no perezca sino que tenga vida eterna» (Ju. 3. 36). La divina revelación alcanza, así, en Cristo su plenitud. Como dice la carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios a nuestros padres en otros tiempos por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por medio de su Hijo» (Heb. 1, 1).

Pero Dios tiene que manifestarnos su mensaje con palabras humanas. Si no, no podríamos entenderlo. Y nuestra pobre habla humana no puede ni abarcar ni transparentar plenamente lo que Dios quiere revelarnos. La limitada expresividad de nuestro lenguaje crea zonas de sombra en torno a las verdades más hondas del mensaje divino. De otra parte, nuestra capacidad de comprensión es limitada, tanto por la cortedad de nuestro entendimiento creado, como por las circunstancias históricas en que vivimos que condicionan siempre, de uno o de otro modo, nuestra inteligencia de las cosas divinas. La Historia juega, por todo ello, una importante misión «cuasiprofética», pues va revelando a la misma revelación, como antes decía.

Sucede esto en dos planos distintos, pero íntimamente relacionados: en la historia de la vivencia que la comunidad creyente tiene de las verdades reveladas; y en la historia profana o secular de la humanidad. Una y otra historia ayudan a la mejor inteligencia de cuanto la Palabra nos revela, aunque de distinta manera. La comunidad de los creyentes, según va meditando la verdad revelada y viviendo de ella a través de diversas circunstancias históricas, descubre insospechados aspectos de aquella o profundiza siempre más y más hasta el hondón de la misma. Ese avance constante en la inteligencia de la Palabra se consigue, sobre todo, por la experiencia religiosa, mística a veces, de los

santos. El desarrollo secular de la humanidad, por su parte, propone a la revelación divina preguntas nuevas planteándole retos acuciantes, a los que la Palabra tiene que dar respuesta. La variedad de dichas cuestiones viene dada por los diversos avatares de la Historia, con sus pasos hacia adelante o hacia atrás, y con las variadas circunstancias en que se desarrolla la vida de los diferentes pueblos a lo largo del tiempo. La divina revelación tiene que dar respuesta a todas esas cuestiones, porque es un mensaje dado a los hombres para iluminar los problemas, en que pueden hallarse inmersos en las cambiantes encrucijadas en que la Historia sitúa a unos y otros pueblos a lo largo del tiempo, según la diversidad de sus culturas y de sus circunstancias sociales. Así, una y otra historia —la de la vivencia eclesial de la fe en la Iglesia y la profana de la humanidad— convergen, por distintas vías, para ir aclarando la riqueza en alguna medida infinita del misterio de cuanto la Palabra nos revela.

Ayuda mucho a entender el primero de dichos aspectos de la cuestión, acercarnos con amor filial a la vida de María, la Madre de Jesús y nuestra Madre. Claro es que la Santísima Virgen entendió lo esencial del mensaje que le reveló el arcángel Gabriel en Nazaret: que Dios se había enamorado de ella, y quería tener un hijo en sus entrañas que sería Hijo de Dios, porque sería engendrado por obra del Espíritu Santo (cf. Luc. 1, 30 s). Si no hubiera entendido esa declaración de amor divino, la aceptación de su maternidad divina no hubiera sido un acto humano. Algo captó también, sin duda alguna, del misterio de la salvación, de que era clave su Hijo, por lo que tendría que llamarle Jesús: Salvador. Pero no lo entendió todo plenamente, de una vez, como iluminada por un rayo de luz divina que le descubriera lo más profundo de uno y de otro misterio. Lo entrevió primero en un claro-oscuro; y luego fue aclarando los perfiles de cuanto le había sido revelado, escuchando lo que le dijo el profeta Simeón (cf. Luc. 2, 34) y dejándose sorprender por las palabras y los hechos de su mismo Hijo, que, a las veces, le resultaban desconcertantes (cf. Luc. 2, 29). Pero lo que le hizo madurar en el conocimiento de su Hijo y de su misión salvífica de todos los hombres, fue su vivencia de fe. Siempre se fió de Dios. Su prima Isabel la saludó con razón como: «Bendita porque has creído que se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor». (Luc. 1, 45) Y más bendita era porque dió un voto de confianza al Padre Dios, como Virgen oyente con disponibilidad virginal, aun

en aquellas cosas que no podía comprender. Ante las muchas oscuridades que empañaban su inteligencia de las verdades de fe en que creía, su reacción era siempre la misma: «lo conservaba todo cuidadosamente en su corazón» (Luc. 2, 31); lo vivía en oración amorosa; e iba penetrando poco a poco el misterio, en la misma medida en que Ella se dejaba penetrar por él.

Eso mismo le pasa a la Iglesia en su desarrollo histórico. Lo enseñó claramente el Vaticano II. Encontramos entre sus enseñanzas dos que importan no poco en el tema que nos ocupa. Dice rotundamente: «Lo que los apóstoles transmitieron comprende todo lo que contribuye a que el pueblo de Dios lleve una vida santa y así se acreciente en la fe» (D. V. 8). Pero añade de inmediato con igual seguridad: «Esta tradición que viene de los apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, como quiera que crece la inteligencia lo mismo de las cosas que de las palabras transmitidas, ora por la contemplación y estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, ora por la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales. ora por la predicación de quienes, al par que la sucesión del episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir —concluye— que la Iglesia tiende en el correr de los siglos a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios» (Ibidem).

No siempre lo entendió la Iglesia tan claramente. La grave crisis que sufrió el Vaticano II en sus primeras semanas, cuando los Padres Conciliares se partieron en dos con ideas encontradas sobre las relaciones entre la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición, estuvo relacionada en gran medida con las relaciones de la Palabra y la Historia en la revelación divina. Los hechos son muy conocidos. Unos Padres afirmaban que las fuentes de la revelación eran dos: la Biblia y la Tradición. Otros contradecían la tesis, firmes en que la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición constituían una sola fuente, bien que con dos canales distintos pero íntimamente comunicados entre sí. Juan XXIII fue quizás el único que no se turbó en medio de la gravísima crisis. Reaccionó con la serenidad propia de los santos. Retiró del aula el esquemata causa del grave disenso. Y nombró una comisión conciliar, extraordinaria hasta por ser la única bicúspide, ya que el Papa puso a su frente a los dos Padres que más se habían distinguido como cabezas de una y de otra postura: los Cardenales Ottaviani y Bea. Trabajó seriamente la comisión, pero de modo secreto, durante tres años. Los Padres Conciliares llegamos a pensar que el acuerdo iba siendo imposi-

ble. Y fue extendiéndose la penosa impresión de que el Vaticano II no podría hablar de tema tan importante para la Iglesia como la divina revelación, a pesar de que aspiraba a abarcar todos los problemas imaginables, tanto en el interior de la misma Iglesia, como en sus relaciones con otras religiones y con el mundo. En el último año del cuatrienio conciliar, Dios nos hizo el regalo de la Constitución «*Verbum Dei*», honda y jugosa a la vez, en la que, aparte otras maravillas, encontramos resuelta con la sencillez de las grandes verdades la tensión «Sagrada Escritura-Tradición», o dicho de otro modo: «Palabra-Historia de la revelación». Escritura y Tradición son una misma fuente de la verdad revelada; son una misma Palabra de Dios, recogida en los Libros Santos y vivida por la Iglesia bajo la acción del Espíritu, que va revelando aspectos nuevos de la Palabra de Dios, al hilo de la historia, porque «la economía de la revelación se cumple por hechos y por palabras íntimamente trabados entre sí, de suerte que las obras llevadas a cabo por Dios en la Historia de la salvación manifiestan y corroboran la doctrina y las cosas significadas por las palabras; y las palabras proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en aquellas» (D. V. 1). O como dice en otro lugar: «La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura..., por manar del mismo manantial divino, confluyen en cierto modo en uno y tienden al mismo fin. La Sagrada Escritura es hablar de Dios que, por inspiración del Espíritu divino, se consigna por escrito: y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los apóstoles (y ya estamos en la historia eclesial, indico por mi cuenta) la Palabra de Dios que fue confiada a éstos por Cristo Señor y por el Espíritu Santo» (D. V. 9).

Muy diferente es la influencia de la historia profana en el desarrollo de nuestro conocimiento de la revelación. Pero es también importante. No se planteó el problema en profundidad mientras el desarrollo cultural de la humanidad no descubrió que la historia tiene un sentido: que se da una finalidad en la marcha de los hombres a través de los siglos. No avanza en línea recta. Su curso dibuja largos y hasta desconcertantes meandros que a veces parecen alejarla de su meta; pero avanza. Los creyentes queremos deletrear el plan divino entre las líneas de los acontecimientos históricos. Historiadores increyentes intentan otras interpretaciones. Pero la inmensa mayoría de los pensadores coincide hoy en vislumbrar una teleología en la marcha de la existencia humana a través de los siglos. Pero es éste un logro de nuestro

tiempo. De aquí que sólo en la primera mitad de nuestro siglo XX empezaron a realizarse estudios con el denominador común de «Teología de la Historia»; y se empezó a hablar mucho de los «signos de los tiempos». Todos esos estudios teológicos sobre la historia trataban de escrutar la que pudiéramos llamar «biografía de la humanidad». Y buscaban cuatro cosas principalmente: descubrir el hilo conductor de la Historia; analizar las preguntas que las distintas circunstancias históricas plantean a la revelación divina; apuntar las respuestas que la Iglesia debe darles desde una comprensión del mensaje revelado siempre más madura, pues no es sólo su depositaria sino también su intérprete; y barruntar lo que pudiera haber de mensaje divino en dichas señales de los tiempos.

No quiero perderme en anécdotas, pero pudiera contar más de una de mis días de profesor de Sgda. Teología, que coincidieron con los balbuceos de dichos ensayos de «teología de la historia». Me limitaré a subrayar dos ideas que considero trascendentales, las dos subrayadas con fuerza por el Concilio: que la Historia tiene un sentido sobrenatural, aunque a veces parezca desorientada en determinadas encrucijadas de su desarrollo a lo largo de los siglos; y que los acontecimientos históricos ayudan a la mejor inteligencia de la verdad revelada.

El Concilio afirmó una y otra vez que la Historia tiene un sentido, entre cuyas líneas se puede leer el plan de Dios sobre los hombres. Ya lo había dicho Juan XXIII con afirmación radicalmente optimista, ganado tal vez por el optimismo reinante en Occidente en los años sesenta de nuestro siglo. Disintió abiertamente de los que denominó «profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos». Y tras hacer una alusión al nuevo orden de relaciones humanas que se apreciaba en el mundo, sentó la siguiente tesis: «Es preciso reconocer los arcanos designios de la Providencia divina que, a través de los acontecimientos y de las mismas obras de los hombres, muchas veces sin que ellos lo esperen, se llevan a término de modo que todo, incluso las adversidades humanas, redunden en bien de la Iglesia» (Discurso de apertura del Concilio 11-X-1962). El Vaticano II abundó en las mismas ideas de mil maneras diferentes, sobre todo en la Constitución «Gaudium et Spes», cada uno de cuyos capítulos de la parte primera termina haciendo una recapitulación de todas las aspiraciones humanas en Cristo, como Hombre nuevo, como Verbo encarnado que nos enseña la necesi-

dad de la solidaridad, como expresión de la perfección de toda actividad humana en el misterio pascual, como Alfa y Omega de la Historia; y habla de cómo la Iglesia procura prestar ayuda al dinamismo humano y de cómo la Iglesia, a su vez, recibe ayuda del desarrollo del mundo moderno. Y, en relación con el tema de nuestro Simposio, dice expresamente: La Iglesia se encuentra según avanza la Historia con nuevos problemas o con los de siempre planteados de modo nuevo; y debe iluminarlos desde la fe, lo que le obliga a «auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra divina». Fruto de esa interiorización de la fe, a que le obliga la Historia, es «que la verdad sea mejor percibida, mejor entendida y expresada de forma más adecuada» (G. S. 44). De aquí que sería un grave fallo de los estudios teológicos encerrarse en lo que pudiéramos llamar su «mismidad». Si quiere avanzar seriamente y servir a los hombres la verdad revelada de modo que ilumine su vida, es preciso que la Teología se encare con los acontecimientos humanos, para descifrar su hondo sentido, iluminándolos con la luz de la fe y ayudando a los hombres a progresar en los dos planos de su existencia: el terrenal y el religioso.

Seguro estoy que en esta misma línea avanzarán nuestros trabajos, amigos profesores de este XIII Simposio de Teología, evitando tanto la tentación de un concordismo exagerado entre la Palabra y la Historia, como la tentación de encerrarse en la primera de espaldas a la segunda. Son dos escollos —Scilla y Caribdis— en este tema apasionante que va a centrar vuestra reflexión: «Dios en la Palabra y en la Historia». Es muy importante no tropezar en ninguno de ellos. Como tienen que sortearlos también los estudios bíblicos. Pero hablar de ellos alargaría mucho estas consideraciones, cuando tengo ya que pedir perdón por la extensión de mis palabras. Muchas gracias por vuestra atención.

